

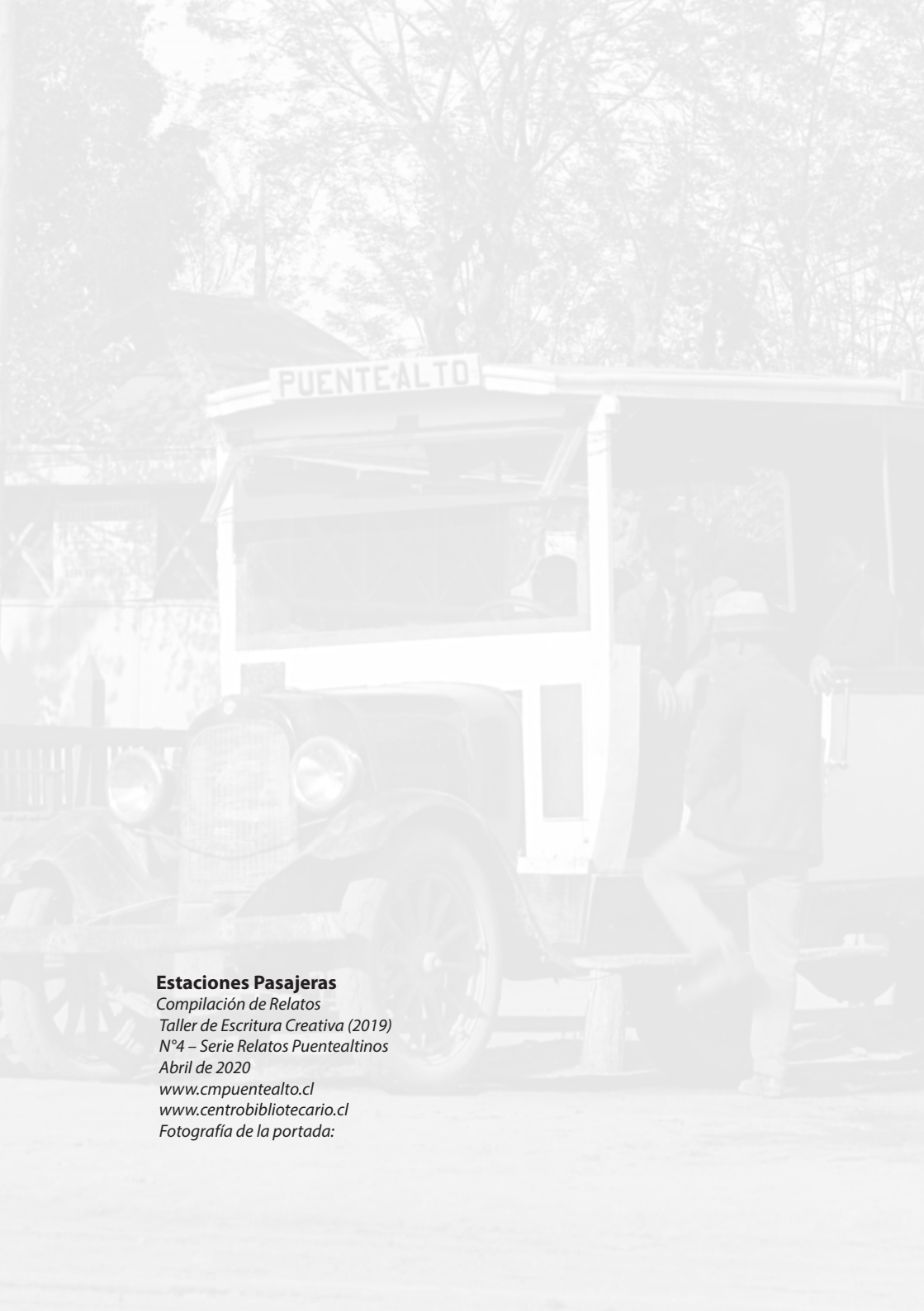
Estaciones Pasajeras

Nº - Serie Relatos Puentealtinos - Abril de 2020



Compilación de Relatos
Taller de Escritura Creativa (2019)

BIBLIOTECAS
Puente Alto
GOBIERNO COMUNAL



Estaciones Pasajeras

Compilación de Relatos

Taller de Escritura Creativa (2019)

N°4 – Serie Relatos Puentealtinos

Abril de 2020

www.cmpuentealto.cl

www.centrobibliotecario.cl

Fotografía de la portada:

Estaciones Pasajeras

Compilación de Relatos
Taller de Escritura Creativa

Serie Relatos Puentealtinos 2020
Centro Bibliotecario de Puente alto

Este libro digital ha sido elaborado por
el Centro Bibliotecario
con fines educativos, culturales
y de difusión del patrimonio literario de Puente Alto

ÍNDICE

01. Lo fauto, lo imaginario y lo tangible* Carlos Cabezas
02. El anillo* Eric Soto
03. La esfera* Angélica Oñate
04. La reunión* Marta Lovero
05. Espejismos detrás de la lluvia* Nancy Hernández
06. Apocalipsis* Abelardo Ahumada
07. El cuadro* Gloria Cordero

PRÓLOGO

Esta es la cuarta publicación de la serie de Relatos Puentealtinos, recopilación de relatos generados en el taller de escritura creativa El origen de una idea realizado en el primer semestre del año 2019 en la Biblioteca Central de Puente Alto.

El taller se abordó desde la elaboración de textos a partir de una anécdota personal que los llevaba a construir una historia, y ésta a su vez le da pasó a una segunda historia dentro de la primera, conocido como narraciones enmarcadas.

Esta compilación está compuesta por siete relatos originales que se fueron potenciando con ejercicios prácticos de escritura creativa basados en la práctica del grupo literario italiano Oulipo y del libro Ideas para escribir de la autora Chilena Tamara Bastías. Además de un repaso teórico de conceptos como unidades aristotélicas, meta relato, Mise en abyme, narración enmarcada, postmodernidad y rizoma.

En los trabajos compilados en este libro se pueden percibir sellos propios de cada autor, debido a sus diversas opiniones, estilos de escritura y principalmente a sus imaginarios que nos llevan a apreciar historias muy diversas, todo respondiendo a la personalidad de cada participantes.

ESTACIONES PASAJERAS es parte de del patrimonio vivo y tangible de nuestra comuna de Puente Alto, el que se manifiesta cada vez que nos juntamos a compartir experiencias, pensamientos, sueños y las llevamos al papel para expresarnos como personas creativas y libres.

Relato.01

LO FATUO, LO IMAGINARIO Y LO TANGIBLE

Carlos Cabezas Gálvez

Era mediodía y el sol golpeaba con toda su fuerza sobre aquel ignoto pueblo nortino perdido en medio del desierto.

Me sentía cansado de tanto caminar sin saber el porqué, y qué hacía en aquel lugar tan abandonado, tal vez, me respondía, sea este afán mío de emprender una nueva vida que me transforme en un quijote, un director supremo o polvo de estrellas para alumbrar en noches transparentes como un fuego fatuo en un alejado horizonte sin fin.

Cantaba suavemente para escuchar algo más que el silencio estremecedor del desierto y sus llamados desde las piedras candentes de quiméricas vivencias tras el soñado El Dorado.

Todo lo explicable era inexplicable mientras se sucedías tras mis pasos, senderos, colinas, huellas y miradas jocosas de desdentadas calaveras, ya sean sentadas en rocas de los caminos o trepadas en deshojados algarrobos sobrevivientes, que daban escasa sombra a lagartijas e iguanas.

Emergió una ansiada línea de tren que, seguro me llevaría a no sé dónde, tal vez habitado por no se quiénes, del pueblo de nadie sabe dónde está.

Un carro de tren se interpuso en aquella línea sin fin, como la sombrilla ideal para descansar de aquel abrasador e impío sol.

Olía aún a aceites y lubricantes y su madera reseca era la respuesta del por qué estaba esperando detenido en el tiempo a sus ansiados pasajeros.

Subí al carro y todas las cabezas de sus pasajeros, al unísono se voltearon para fijar sus miradas penetrantes e inquisidoras en este nuevo pasajero. En un bullicio de voces se preguntaban el por qué estaba allí, pero sus rostros no movían un músculo para articular palabra alguna.

Caminé por el pasillo de sus esperanzas, ilusiones, aventuras, amores, mientras me seguían con sus miradas sin cesar, los ricos vestían sus elegantes levitas con sus barbas y bigotes bien afeitados, las damas con sus sombreros adornados de plumas y vestidos con blondas, encajes y poliones y sus niños con sus trajes de pantalones cortos y las niñas de elegantes bordados y canesús. Los mineros con sus bolsas con pesadas herramientas y sus mujeres con sus canastos donde llevaban comidas para vender. Los jóvenes enamorados vestidos de besos y los niños con sus

rústicos juguetes.

—Mi estimada señorita, ¿hacia dónde usted se dirige? —le preguntó un apuesto joven, atraído por la hermosura y por su perfume que delicadamente invadía el ambiente.

—Voy a Inca de Oro, a encontrarme con mi futuro esposo y conocer a sus padres.

—¿Conocía usted estos lugares?

—Para nada, vengo desde Santiago, donde lo conocí y a mis padres les cayó bien.

—¿Y viaja usted sola?

—¡No, ellos vienen un poco más atrás! Son aquellos que están dormitando porque están cansados de tanto viajar.

El joven, la miró y vio que sus ojos no tenían aquel brillo de una novia.

—Pero ¿usted está enamorada?

— Mi novio es muy rico y es por eso que mis padres desean casarme con él.

Él, joven estudiante de la Escuela de Minas de Copiapó, la miró con gran ternura y pensó cómo romper aquel cruel destino del casamiento de la joven y ser él el gran amor de su vida, mientras miraba sus zapatos raídos y polvorientos...

Por las ventanillas del carro se veían pasar raudos los postes y el paisaje no cambiaba, porque todo era igual, aquí y allá.

Al avanzar por el pasillo las inquisidoras, pétreas y fijas miradas me seguían observando, tanto las que estaban delante, alrededor y detrás de mí. Era interminable y yo avanzaba y avanzaba en este pasillo imaginario, al igual que en el desierto.

De súbito, todo fue oscuridad y los ruidos se hicieron insoportables. Los gritos de los vendedores, los juegos de los niños, las risotadas de los hombres bigotudos resonaban en todo ese ajetreo, cuando de repente llegó la luz.

Todo fue silencio, estaba parado en medio del desierto y la línea del tren estaba reemplazada por dos filas de tumbas sin fin hasta el horizonte, las que, en sus más variadas formas de cruces y casitas con techos oxidados y derrumbados, indicaban quiénes yacían en ellas, entre ramas secas y más de algún insecto sobreviviente.

Me llamó la atención una de ella y al acercarme pude leer mi nombre con la fecha de mi muerte. Era el mundo tangible de aquellas olvidadas osamentas.

Relato.02

EL ANILLO

Eric Soto Lavín

Curioseando entre los cachivaches de su bisabuelo, los que aún permanecían ocultos en la mansarda bajo siete llaves, Francisco encontró una caja metálica en el fondo de un baúl. Era una antigua caja de dulces. Movido por la curiosidad, advirtió que había algo en su interior y la abrió. Su sorpresa fue mayúscula al descubrir que dentro había un dedo humano disecado que portaba un grueso anillo de oro coronado con un portentoso rubí, uno muy similar al exhibido en algunos cuadros de época dispersos en el panteón familiar.

¿Sería un dedo de verdad?

No estaba seguro y le dio miedo tocarlo. Una vez había visto una cabeza reducida y disecada que se exhibía en el escaparate de una librería en la capital. Sin embargo, su papá lo tranquilizó diciéndole que era falsa y que estaba hecha con papel maché... aunque tiempo más tarde, cuando ésta fue retirada de aquel sitio de exhibición debido a las oleadas de lo «políticamente correcto» de los nuevos tiempos, supo que era verdadera. Es decir, la cabeza de algún desafortunado que había sido jibarizada según técnicas arcanas desconocidas en la actualidad.

Jonás había participado como voluntario en la Gran Guerra de hacía poco menos de un siglo y, concluida ésta, decidió permanecer un tiempo en Europa, en Europa oriental, ayudando en la reconstrucción de algunas villas que habían sido destruidas y de otras que habían quedado aisladas debido al conflicto.

En uno de aquellos viajes, cuando estaba a punto de expirar su permiso, su grupo se internó a media tarde hacia un pequeño poblado sito casi al borde de la cima de unos acantilados, más allá de un oscuro y húmedo bosque. Las pocas casas, rústicas chozas acaso habitáculos de simples vasallos, estaban abandonadas y en su mayoría sin techo. Además, pese a no hallarse dentro de la zona de conflicto, no encontraron alma alguna en dicho lugar y el silencio era abrumador... Sin embargo, lo más curioso era la estricta sequedad del lugar, contrastando notoriamente con el resto de la zona geográfica y mucho más con el espeso bosque aledaño.

El comandante extrajo sus binoculares y observó a su alrededor.

—¡Hacia allá se ven algunas siluetas! —exclamó.

Por lo mismo, dirigieron sus pasos en dirección al acantilado a fin de examinar una estructura que todavía se manifestaba enhiesta en medio de las ruinas. Empero, pronto advirtieron que dichas siluetas eran tan solo las de algunos cadáveres apergaminados, la mayoría de ellos todavía en férrea postura de custodia de un torreón que, todavía majestuoso, elevaba sus incompletos chapiteles de extraña arquitectura hacia el distante cielo. Pero... ¿custodia de qué?

¿Qué objeto de valor podría haber en dicho sitio alejado de la civilización y de los dioses modernos?

Ninguno de los afuerinos podría siquiera sospecharlo, mucho menos saberlo.

Por lo mismo, junto a su grupo, Jonás ingresó con mucha cautela al mustio jardín exterior del torreón, desconfiando incluso de su propia sombra.

Era necesario investigar para no dejar cabos sueltos.

—Jonás —ordenó el comandante del grupo—, escoja a alguien más y vea qué hay dentro del torreón... —Observó una vez más y agregó—, o lo que queda de éste.

Jonás tragó algo de saliva y respondió:

—¡Sí, señor!

Enseguida observó de reojo a Venancio, su mancuerna dentro del grupo.

—¡Vamos, Venancio!

Y mientras el resto del grupo aseguraba el perímetro, ambos jóvenes se dirigieron hacia la entrada semiderruida del torreón, mientras los guardas apergaminados se limitaban a observar su marcha con ojos vacuos en sepulcral silencio.

El portón de acceso parecía intacto, pero de solo tocarlo se desplomó por completo en forma estruendosa y levantando una nube de polvo que tardó algunos minutos en disiparse.

Encendieron sus lámparas a parafina e ingresaron, advirtiendo al instante que todo era un caos... como si un huracán se hubiese manifestado allí hacía muchos años. Había libros antiquísimos, pergaminos, frascos de alquimia y fragmentos de muebles diseminados por doquier. También una gran cantidad de mondos huesos humanos que un día, en apariencia muy lejano, habían sido masticados por hambrientas ratas de las que ya no quedaba vestigio alguno.

¡Crac!

—¿Qué fue eso? —preguntó Venancio.

Jonás miró hacia el suelo junto a sus pies. Todo estaba cubierto por una

fin a capa de polvo.

—Un hueso —dijo.

—¿Saueadores?

—Tal vez... —Jonás quedó pensativo—, o los seguidores de algún antiguo culto pagano.

Siguieron avanzando hacia el centro de tan peculiar desorden, donde se vislumbraba un pequeño altar y, sobre éste, un pequeño cofre de plomo orlado con caracteres rúnicos, acaso un mensaje de advertencia que ellos, por desconocimiento, no podrían descifrar.

Ambos hombres se miraron entre sí.

—¿Lo abrimos? —preguntó Venancio.

Jonás asintió con un gesto. Para eso estaban allí, para recolectar datos y obtener respuestas. Sin embargo, al momento de levantar la cubierta, un lastimero gemido de ultratumba comenzó a gestarse bajo el suelo de la sala, un sonido de baja frecuencia que muy pronto comenzó a impregnarlo todo... como si una entidad por eones aprisionada encontrara por fin una vía de escape hacia el mundo exterior.

—¿Qué hay dentro? —preguntó Jonás, observando con inquietud a su alrededor, mientras algunas sombras cobraban vida y escapaban de la luz de las lámparas.

El rostro de Venancio solo reflejaba asombro e incredulidad ante lo inimaginable.

—Un anillo... un anillo de oro —respondió con voz trémula.

En aquel mismo instante, mientras Venancio tocaba el anillo, el resto de la estructura del torreón —lo que aún permanecía en pie— comenzó a desmoronarse como si de una construcción de arena se tratara.

—¡Salgamos de aquí! —ordenó Jonás.

Ya con el botín guardado en uno de sus bolsillos, Venancio solo atinó a escapar siguiendo los pasos de su amigo y ambos, por tan solo un ligero margen, alcanzaron a brincar fuera del torreón antes de que este se desintegrara por completo.

Se habían salvado literalmente por los pelos.

Días más tarde, después de que Venancio colocara el anillo en uno de sus dedos y éste quedara férreamente atrapado, comenzó poco a poco a enfermar. Sin embargo, antes de que sus compañeros sepultaran su deshidratado cuerpo en una tumba sin nombre, Jonás quebró el dedo anular de su amigo y, protegido con un grueso paño, lo guardó en uno de sus bolsillos.

A principios del siglo XV, poco antes de que Tamerlán saquease la ciudad

de Damasco, un comerciante judío de nombre Beshajar –Hijo de la mañana– observaba con preocupación las pertenencias que no había logrado trasladar a su escondite en el monte Hermón, cercano a las ruinas del antiguo templo del dios Baal.

Beshajar el Acaudalado sabía de la reputación de Tamerlán y del destino de las ciudades que se resistían a él: eran arrasadas sin piedad y sus habitantes –sin distinción alguna entre hombres, mujeres o niños–, masacrados o, en el mejor de los casos, esclavizados de por vida. Y también sabía de antemano que, en caso de fracasar las negociaciones de la delegación enviada desde El Cairo y encabezada por el mismísimo Ibn Jaldún, Damasco resistiría hasta el fin y el destino de todos sus habitantes estaría sellado.

Y así fue.

Las negociaciones fracasaron y el turco–mongol Tamerlán arrasó la ciudad apenas Ibn Jaldún partió de regreso a El Cairo acompañado de su séquito. Sin embargo, en esta ocasión habría una excepción para los artesanos de reconocida fama.

En sus primeros años, antes de convertirse en prestamista y de comerciar con telas y objetos exóticos traídos desde Oriente, Beshajar había oficiado como artesano. Empero, al no disponer en dicho momento crucial de suficientes joyas que justificaran su valía como artesano, excepto por un anillo de oro que guardaba bajo siete llaves y que le había propiciado desde un principio su fortuna desde el preciso instante en que se lo birló a su hermano Aarón, Beshajar el Acaudalado no fue parte de los artesanos trasladados a Samarcanda –la capital del imperio– ni logró comprar su libertad... por lo que su cabeza terminó apilada junto a las de muchos otros desafortunados desconocidos en las afueras de Damasco.

Sin embargo, unos tres años más tarde y mientras preparaba la invasión a China, Tamerlán falleció a causa de una extraña enfermedad, siendo sus restos trasladados y sepultados en la capital de su imperio.

Obviando un tanto la repulsión inicial provocada por aquel tétrico hallazgo, Francisco advirtió que debajo del dedo anillado había un amarillento papel perfectamente doblado... un papel de buena calidad. Por lo mismo, sin tocar el dedo ni el anillo, retiró con mucha cautela dicho papel. Lo colocó sobre el escritorio y lo fue desdoblado con mucho cuidado para que no se destruyera.

Era un mapa.

Y era muy parecido a los mapas de tesoros que él había visto en sus libros de aventuras.

Él era bastante joven, tan solo un preadolescente, y lo guardó con mucho cuidado en uno de sus bolsillos a fin de que no se rompiera. Algún día, cuando fuese mayor, pensó que dispondría de las agallas necesarias para buscarlo. Sin embargo, hay veces en que la ambición, o la simple curiosidad, no puede esperar y, después de leer y releer el mapa, descubrió con placer que la zona descrita en éste era muy parecida a un sector costero cercano, ubicado a tan solo un kilómetro, poco más o poco menos, de la desvencijada casona ancestral. Y sin duda este peculiar antecedente reavivó su interés al instante.

Estaba decidido: a primera hora de la mañana siguiente, cuando comenzara a bajar la marea, identificaría las cuevas señaladas en el mapa y al mediodía, cuando se pudiera acceder a ellas sin problemas, se internaría en la que se escondía el tesoro que posiblemente el mismo Francis Drake había ocultado muchos años atrás en ese lugar.

Por lo mismo, como ya estaba oscuro en el exterior, cambió la hora de la alarma en su reloj despertador y se durmió como un lirón, pensando en lo que haría con el oro y las joyas que descubriría. Muy pocas veces en la vida se tiene resuelta a tan temprana edad la problemática que, jornada tras jornada, nos ha impuesto la sociedad: juntar y juntar dinero como si aquel fuese el único objetivo de nuestras vidas.

Temprano por la mañana, mientras se encontraba todavía entre los brazos de Morfeo, reaccionó como un resorte al escuchar el estridente sonido de la campanilla y, como acto reflejo, solo atinó a darle un violento empujón al reloj y esconder luego su cabeza bajo la blanda almohada. Sin embargo, un fugaz pensamiento vino a su mente.

—¡El tesoro! —se dijo en voz alta, incorporándose a medias sobre la cama. ¿Sería verdad... se preguntó, o lo habré soñado?

Se estiró para revisar su pantalón que había quedado a los pies de la cama: el mapa estaba allí, en uno de los bolsillos.

Acto seguido, se levantó con rapidez no habitual y descendió los escalones hasta la planta baja. Su abuela lo miró con curiosidad.

—¿Qué pasa, Panchito? ¿Por qué te has levantado tan temprano? ¿Olvidaste acaso que estás de vacaciones?

—Quiero aprovechar el día —respondió el niño, no bien despierto del todo. La abuela sonrió.

—¿Te lavaste ya las manos y la cara?

Él negó con un gesto ambiguo mientras, aún con el pijama puesto, se estiraba con la indecisión de un felino acostumbrado a la buena vida.

—Debes hacerlo antes del desayuno —dijo la mujer, enfática; y él, cabizbajo por decir lo menos, partió en dirección al cuarto de baño a fin de cumplir

con el protocolo de todas las mañanas.

Unos dos o tres minutos más tarde, regresó con el rostro radiante, sentándose con rapidez a la mesa.

—¡Listo! —dijo.

La mujer le revolvió el cabello con ternura y enseguida le sirvió un succulento desayuno.

—¿Qué piensas hacer hoy? —preguntó ella, mientras observaba al pequeño devorando con fruición los alimentos.

—Iré a explorar a la playa, buscar fósiles, ver qué hay en las cuevas...

—¿Las cuevas?

—Sí. —Francisco advirtió cierta aprensión en el rostro de la mujer—. ¿Pasa algo?

—No, nada. Solo ten cuidado con la marea. Mira que una vez mi papá, tu bisabuelo, cuando era muy joven, pasó un buen susto en las cuevas después de que lo pilló la marea.

—¿Anduvo en las cuevas el bisabuelo?

—Sí, recolectando mariscos... según me dijo —asintió ella—. Pero después de aquel susto nunca más volvió por allí.

—No te preocupes, abuelita. Lo tengo todo muy bien calculado, y estaré aquí antes de la hora del almuerzo.

La mujer asintió una vez más, sin dejar de lado su preocupación por el pequeño vástago.

Después del desayuno, el muchacho subió las escaleras a grandes zancadas y comenzó a hurguetear en su baúl de artículos de primera necesidad y de supervivencia. Separó una brújula, un encendedor a gas, unas cuantas velas, un trapo de franela, un pequeño frasco con alcohol de quemar que días antes había sacado del mechero para evitar que se evaporara, un cuchillo de camping y una que otra cosa que eventualmente podría serle de utilidad. También una lupa, una libreta y un lápiz. La linterna no le serviría de mucho, aunque igual la incluyó, porque era una de aquellas con mecanismo de fricción de un lapso de autonomía muy pequeño.

Enseguida, después de llenar su morral con tales implementos, se vistió con ropa gruesa, botas de goma y un gorro de lana. Y bajó presuroso hasta el primer piso.

—¡Listo, abuelita! —dijo—. Me voy de excursión.

—Qué bueno que te abrigaste —agregó ella, mirándolo desde todos los ángulos—, la mañana está muy fría.

El muchacho sonrió.

—Bien —agregó la mujer, arreglándole el cuello de la camisa y estirándole el suéter por debajo de la parka—. No tardes demasiado.

—No, abuelita.

Enseguida, se colocó los guantes de lana y salió por la puerta lateral que daba al jardín, recogiendo la pequeña pala que usualmente se usaba en los pequeños cultivos de la huerta o para asustar al perro cuando éste hacía algún destrozo.

Finalmente, después de observar el humo que escapaba presuroso a través de la chimenea, Francisco se dirigió con su abultado morral en bandolera hacia las cavernas siguiendo la exigua línea costera.

En poco más de un cuarto de hora llegó al lugar señalado, descubriendo con agrado que se trataba de la misma zona bosquejada en el mapa.

Excelente, se dijo.

Y aunque las dunas de arena ahora cubrían una zona mucho mayor, los accidentes geográficos eran los mismos que antaño: la mano del hombre todavía no se apersonaba en dichos parajes.

Se acercó con cautela hasta el pie de los farellones observando todos los detalles y tratando de identificar las cavernas, empero la marea todavía estaba un poco alta como para acceder al interior de éstas. Tendría que hacer tiempo. Y la mejor forma de hacerlo sería explorando hacia el cercano bosque de eucaliptos, a fin de encontrar una rama sólida que le sirviera para construir una antorcha.

Cerca de una hora más tarde, cuando el tedio comenzaba a exasperarlo, el nivel del agua ya permitía el libre acceso a las cavernas si bien, para ingresar a la galería principal, debió agacharse e ingresar casi reptando.

Ya en el interior, mientras la luz de la linterna se atenuaba con rapidez, roció con alcohol el paño de franela que había adosado a la rama de eucalipto y encendió la antorcha. Sí, ahora se veía todo mucho mejor. Enseguida, cortó las velas en pequeños cabos y encendió la primera, dejándola sobre el saliente de una roca.

Las cavernas eran de indudable origen volcánico, de paredes sulfurosas, aunque con algunos estratos sedimentarios donde diversas sales y otros residuos cristalinos se habían decantado con el paso del tiempo geológico. Además, unos cuantos residuos orgánicos marinos, impulsados por los cambios de marea al igual que las infaltables bolsas de plástico, se habían acumulado junto a numerosas algas y pequeños cangrejos que, acaso asustados y huyendo de la luz, deambulaban con prisa entre los intersticios rocosos.

Guardó la inútil linterna en el morral y continuó adentrándose en las profundidades de la Madre Tierra. El interior era mucho más amplio que lo intuido a priori e incluso, en algunos tramos, no era necesario caminar encorvado.

Todavía no tenía muy claro lo que haría con el tesoro cuando lo tuviera entre sus manos. Sin embargo, de pronto recordó haber escuchado alguna vez que el gobierno, siempre sin gastar un solo centavo en tales empresas, solía quedarse con la mayor parte de los tesoros que eran encontrados dentro del territorio nacional, fuese donde fuese. Estaba decidido: no le contaría a nadie de su hallazgo y gastaría el oro con mucha cautela. Incluso podría esconderlo para cuando fuese mayor y supiera de mejor forma cómo funcionaba el mundo. Nunca estaba demás ser precavido, como a menudo decía su padre, mucho menos frente a las sanguijuelas del gobierno.

El túnel seleccionado se hacía a cada paso más estrecho. Tanto así que en uno de los vericuetos rasgó su vieja parka de plumas.

Maldición. Debo tener más cuidado.

En ese momento pensó una vez más en los piratas que, cuales faraones de alta mar, se deshacían de los pobres diablos que ocultaban los tesoros y después colocaban trampas para sorprender a los intrusos.

—¡Trampas! —exclamó en voz alta, mientras el eco de su voz se alejaba retumbando en las húmedas paredes metamórficas—. Debo tener cuidado con las trampas.

Entonces, antorcha en mano, se quedó inmóvil durante algunos minutos observando todos los detalles de su entorno más inmediato. Recién había traspasado un cuello de botella y ahora se hallaba en una estancia más amplia que el simple pasillo de ingreso.

Continuó avanzando, fijándose muy bien dónde colocaba los pies, un terreno resbaloso, filoso, y acercando de vez en cuando la antorcha hacia las paredes para comprobar la solidez de éstas.

Dejó durante un instante la antorcha apoyada sobre unas rocas y, sacando además la brújula, observó nuevamente el mapa: estaba en la recta final.

Avanzó unos cuantos metros y frente a él se encontró con dos antiguos cofres de oscura madera humedecida y refuerzos metálicos: la pala no sería necesaria pues ambos estaban a flor de superficie, uno sobre el otro. Primero observó el más pequeño y lo golpeó con la pala. Sonaba a hueco. Por lo mismo, incrustó el palo de la antorcha entre dos rocas filosas y procedió a la apertura del cofre: el candado de hierro estaba destruido por la herrumbre. Sin embargo, el interior del cofre estaba completamente vacío.

Demonios... ¿Qué habrá pasado aquí?

Enseguida, empujó el cofre pequeño para que no estorbara y comenzó a investigar el segundo. El candado estaba todavía en su sitio. Por lo mismo, extrajo un pequeño martillo y un cincel desde el morral, comenzando de

inmediato a golpear el viejo candado hasta que éste cedió.

Lo retiró dándole un ligero golpe y, antes de abrir el cofre, aspiró y exhaló una buena dosis de aire.

El momento de la verdad, se dijo. El cofre era demasiado pesado y estaba semi empotrado entre las rocas y la arena.

Con esfuerzo casi sobrehumano levantó la pesada tapa, a pesar de la resistencia impuesta por las oxidadas bisagras, y la dejó caer hacia atrás. Observó con ansioso temor hacia el interior y descubrió que estaba repleto de rocas, muchas de ellas, y nada más.

Entonces, con el desaliento reflejado en su transpirado rostro, un pensamiento fugaz cruzó por su mente.

¿Habré interpretado mal el mapa?

Sin embargo, era obvio que alguien se le había adelantado y echado todos sus planes por la borda. Reculó un par de pasos y escuchó un ruido a la distancia, a su espalda.

¿Cómo estará el nivel del agua en la entrada? ¿Seguirá bajando o ya vendrá en retroceso?

Pero el ruido, similar al borboteo del agua cuando un estanque se rebalsa, se acrecentaba a cada segundo: la marea estaba subiendo.

Se volteó con rapidez mientras los pensamientos se agolpaban uno tras otro dentro de su mente y vio que todo su entorno se desmoronaba en cámara lenta. Debía escapar de la caverna lo antes posible. Por lo mismo, procedió a retirar la antorcha, pero ésta resbaló de sus manos al tropezar uno de sus pies con un objeto semienterrado en el suelo, estrellándose ésta contra la pared más cercana y encendiendo literalmente todo su entorno como un reguero de pólvora. Las sales y el azufre estaban haciendo de las suyas en presencia del fuego y a Francisco, a fin de escapar de los vapores tóxicos y del efervescente y chisporroteante fuego, no le quedó otra que salir corriendo a través del pasillo, guiándose solo gracias a los cabos de vela que había dejado demarcando e iluminando el camino: las migas de pan que esta vez no fueron devoradas por los pájaros. Sin embargo, poco antes de emprender la retirada, advirtió que el objeto que lo desestabilizó había sido una pálida y huesuda mano que aferraba un puñado de doradas monedas, una que de inmediato dio paso a un esqueleto desenterrándose con pasmosa lentitud desde el suelo arenoso a fin de perseguirlo.

Al llegar a la primera galería, descubrió que el agua ya estaba bloqueando el ingreso a la misma, pero no en su totalidad. Observó hacia atrás y vio al esqueleto atascado en el cuello de botella del estrecho pasillo y agitando un brazo. Respiró con tranquilidad: de allí no podría pasar.

Enseguida, friccionó su linterna, la encendió y la dirigió hacia la mano que se agitaba. Dicha mano portaba un anillo muy similar al que había encontrado la tarde anterior dentro de la caja metálica. Sin reparar en nada más, comenzó a reptar a través del estrecho acceso, incluso reteniendo la respiración en el último tramo, hasta que logró salir de su encierro. Estaba empapado pero feliz de haber escapado a tiempo; poco ya importaba el tesoro que, al parecer, desde hacía mucho tiempo que no estaba oculto en dicho sitio. Lo realmente importante era que ya tenía una primera aventura en el cuerpo para, un día en el futuro lejano, deleitar a sus nietos y biznietos... si alcanzaba a conocer a estos últimos. Observó por última vez hacia las cuevas e inició el camino de regreso: debía cambiarse de ropa a fin de no resfriarse y de que su abuela no lo retara.

¿Qué habrá pasado con el tesoro?, se preguntó. Y ese esqueleto... ¿me lo habré imaginado o estaba realmente allí?

Francisco lucubró muchas explicaciones en su mente bisona, entre ellas que los cofres eran tan solo una trampa para despistar a los incautos y que el tesoro bien podría permanecer todavía oculto en un sitio muy cercano, acaso invisible a ojos inexpertos. No obstante, mientras regresaba al tibio calor del hogar, recordó las palabras de su abuela dichas aquella misma mañana y una pequeña sonrisa de complicidad afloró en su magullado rostro: su bisabuelo, siendo muy joven, cuando era de seguro mucho más delgado y flexible, había pasado un buen susto al momento de casi quedar atrapado al interior de las cuevas.

Sí, ahora todo parecía calzar como un rompecabezas de pocas piezas: el bisabuelo había estado allí y era muy factible que la prosperidad, que burbujeó muy temprano en su familia, tuviera su base en aquel mismo tesoro del que nadie entre los suyos, hasta dicho momento, supo de su existencia. Empero, él estaba muy seguro de que tampoco regresaría nuevamente a las cavernas. Y menos lo haría si supiera que ese esqueleto era de Jonás, el mismo que un día lejano fue el mejor amigo de su bisabuelo.

Al regresar a la casa, abrió una vez más la caja de dulces para observar el anillo y compararlo con el que portaba el esqueleto... pero este había desaparecido.

Muy lejos de este escenario en tiempo y espacio, mientras se desarrollaban los últimos estertores de una cruenta guerra en la que participaban los hombres de la Tierra Media y una serie de criaturas fantásticas, un par de hobbits llegaba finalmente al corazón mismo de la fortaleza de Saurón

—el Señor Oscuro de Mordor— y arrojaba el Anillo Único, creado hacía mucho tiempo para controlarlo todo y que había embelesado con ansias de poder a todos los que un día lo tuvieron en sus manos, en el ardiente cauce de lava primigenia que lo derretiría casi en un abrir y cerrar de ojos. Y el pequeño Francisco, el último dueño del anillo y ahora amordazado y maniatado de pies y manos, también fue arrojado dentro de aquel burbujeante infierno por aquel par de malvados hobbits.

Relato. 03

LA ESFERA AZUL

Angélica Oñate Jara

Como de costumbre Ernestina despertó temprano restregándose los ojos recorrió desorientada cada rincón de su cuarto, lentamente y con mucha dificultad intentó sentarse, recogió las tapas de la cama y se sentó en la orilla, bajó los pies hasta tocar el suelo, se colocó los zapatos y se mantuvo unos minutos tratando de encontrar su pequeña esfera azul cerúleo.

¡Ah! se dijo Aquí la encontré. La tomó y la guardó en un bolsillo que había hecho especialmente junto a su pecho; en ese momento adquirió una energía sobrenatural, sus movimientos ya no eran pausados, caminó erguida hacia la cocina, pensando en si eran 100 o 120 años atrás que ya había hecho este mismo recorrido y no tenía cuenta de cuantos desayunos había preparado; puso la tetera, sacó una taza y unas galletas de soda, las cuales preparó en una bandeja y caminó hasta el comedor, se sentó, sacó su esfera y la contempló mientras comía sus galletas.

El guardabosques se encontraba mirando frente a la represa obnubilado ante tal cantidad de agua detenida por esa inmensa muralla de concreto. En ese instante recordó aquellos años cuando era un adolescente y veía estos paisajes verdes, llenos de árboles y frutos silvestres que eran regados por el río que bajaba zigzagueando con sus aguas cantarinas acariciando el valle desde la montaña. En cambio hoy solo veía un paraje seco, sin vida con uno que otro árbol y un pequeño hilo de agua que bajaba entre la tierra cuarteada. De pronto una luminosidad proveniente del cielo, que parecía un gran espejo, comenzó a succionarlo lentamente, vio como sus pies ya no tocaban el suelo; cuando logró entender lo que sucedía ya se encontraba en un extraño lugar, parecido a un laboratorio, éste era completamente azul, pero muy luminoso, allí comenzó a avanzar como flotando por un pasillo. Llegó a una especie de pabellón donde lo acostaron en una camilla, inmediatamente empezó a sentir pequeñas clavadas provocadas por una esfera azul que recorría todo su cuerpo, sin dolor; se mantuvo allí hasta que fue atraído por una voz que lo llamaba y le indicaba su camino, era muy apacible, daba una extraña tranquilidad, hasta incluso se sentía contento de estar ahí. Al llegar a un salón también azul que parecía de cristal, con un inmenso sillón que se denotaba muy cómodo, le indicaron que se sentara y comenzó a abrirse en una pared,

una pantalla gigantesca la cual con un pulsor similar a la esfera que lo había examinado en el pabellón, lo saluda en un idioma extraño, pero, extrañamente, claro para él. La voz le hablaba del hermoso planeta en el que vivía y que solo se dedicaban a destruirlo; mostrando como talaban los árboles, quemaban los bosques, contaminaban las aguas, destruían la flora y fauna y no se daban cuenta que con todo esto estaban exterminando la humanidad.

Nosotros también tuvimos un bello planeta y por no cuidarlo solo quedamos unos pocos sobrevivientes que nos hemos agrupado en estos laboratorios dentro del sistema solar. Para poder subsistir tomamos sus aguas, algunos metales preciosos y también viajamos a otros planetas a extraer elementos esenciales para seguir viviendo. Hemos desarrollado una inteligencia sobresaliente para suplir algunos elementos que son necesarios para nuestra subsistencia y debido a eso también hemos sufrido cambios anatómicos, nuestros brazos son largos y delgados, en nuestras manos se han eliminado la cuarta y quinta falanges y tenemos el dedo índice muy desarrollado porque lo usamos solamente para tocar teclas; nuestra cabeza es grande en proporción a nuestro cuerpo, porque debemos contener un cerebro muy desarrollado y hemos perdido la emocionalidad. Fue aquí cuando el hombre no tan tranquilo sintió el deseo de llorar y estar de vuelta en su planeta junto a sus seres queridos. De pronto sintió una brisa en su cara y al abrir los ojos ya estaba de vuelta en su planeta.

La mujer terminó de comer sus galletas volvió a guardar su esfera azul cerúleo en su bolsillo, tomó el control remoto y prendió la televisión.

Relato.04

LA REUNIÓN

Marta Lovera

En la penumbra esperaban la llegada de todos los socios para empezar la reunión. Se había cortado la luz. Afuera, la tempestad no daba descanso, el humo del cigarro turbaba el ambiente. ¡Deberían estar todos ya!, dijo el que pretendía ser presidente. En eso sintieron unos pasos rápidos que se acercaban como si alguien viniera huyendo de algo, todos guardaron silencio, se sentía un leve quejido y una respiración agitada. Pensaron que era el socio que faltaba, pero no entró nadie, quedaron expectantes por unos momentos pero el silencio se posó sobre la atmosfera del lugar.

El más anciano del grupo dijo: —A comienzos de invierno suceden cosas extrañas por aquí. Se cuenta que hace mucho tiempo una matanza muy grande llenó de sangre estos lugares.

Nadie llegó a trabajar. Los obreros exigen un aumento de sus salarios, no les pagan sus horas extras. Trabajaban como brutos y no logran llegar a fin de mes. El patrón re mañoso y mal genio no acepta reclamos. Es por esto que este nadie llegó a trabajar, un tenso ambiente invade el sector. El mandamás no lo puede creer. —¡Así que aniñado los diablos! En tono severo dijo: —El hambre los va a obligar a volver. Mandó cortar la luz y el agua. Para más remate cerró la escuelita, les quitó el suministro de alimentos a los niños.

Los obreros empoderados enviaron a sus representantes, cinco en total. Manuel, Miguel, Renato, José y otro Manuel querían llegar a un acuerdo. No bien estos se habían hecho presentes, los secuaces del patrón dispararon a matar, solo Manuel logro escapar.

De súbito el silencio se apoderó del recinto, llegó la luz, el humo se disipó pero el anciano ya no estaba en aquel recinto, había desaparecido como por arte de magia. En el exterior, el viento y la lluvia no cejaban, relámpagos y truenos no se hacían de rogar.

¿Suspendemos la reunión? —dijo el presidente. Si bien todos eran de ese lugar, nadie se atrevía a retirarse. El camino a casa en esas condiciones se les haría pesado. La energía que emanaba del grupo los hacía sentir

bien. Propongo, dijo el secretario, encender la estufa y quedarnos aquí, conversamos sobre el tema que nos reúne y de mañana nos retiramos. El resto quedó pensativo, aceptaron, pero no sin demostrar su preocupación por la familia.

El tema que nos convoca, dijo el que pretendía ser presidente, se relaciona con la escases de agua, los regantes han sido perjudicados por la minera que se instaló muy cerca de aquí.

De repente observaron que la puerta era empujada hacia adentro, se miraron unos a otros, nadie entró, silencio total. El interés por la reunión se enfrió totalmente.

Con el chonchón encendido, todos merendaron en silencio.

Uno a uno salieron de aquel lugar despidiéndose con un ¡hasta pronto! El sol se había levantado primero.

ESPEJISMO DETRÁS DE LA LLUVIA

Nancy Hernández

Laura se levantó tarde aquel domingo, leyó su parlamento de la obra teatral hasta las dos de la madrugada, después se durmió y soñó con su gato Lázaro el resto de la noche. Pasaba el medio día cuando decidió levantarse. Miró por la ventana hacia la calle y vio a una joven con el celular pegado en su oreja, a su lado, un coche con un bebé adentro. —La misma huevona indiferente con su pequeño hijo —se dijo. El sol estaba radioso pero había una brisa agradable, ideal para salir.

Ya en la calle, aún no tenía claro donde iría. El sol pegaba más fuerte de lo que pensó. —¡Cresta, no me apliqué bloqueador! —exclamó en voz alta. Decidió entonces que iría al mall ya que solo estaba a dos cuadras.

Iba por la calle recordando el parlamento de la obra y lo que el director le exigía ... “Demás está decirte, Laura, que debes adoptar el personaje, entrar en él y entregarte. Has estado desconcentrada últimamente, deja de lado el drama de tu vida y entra en este, ¿ok?”. La hacía sufrir el argumento de dicha obra. ¿Cómo podía permitir que murieran los animales que más amaba y protegía? Ni siquiera en la ficción, pensó Laura.

Caminó sorteando la sombra de los árboles. En eso, súbitamente se le cruzó un gato romano por delante. Lo siguió con la mirada hasta el árbol donde se encaramará y, echado en una rama gruesa, adoptando una actitud de acecho, esperó que Laura pasara por su frente. Anduvo unos pasos atraída por los ojos del gato, lo que, involuntariamente la mantuvo estática y prendida de él. Arrebozado y envuelto con un chal, llevando a Lázaro en sus brazos, se recordó corriendo por las calles, tratando de ubicar a un veterinario que la ayudase. La lluvia era intensa. El paraguas, más que protegerla del agua, le estorbaba. Lo hizo volar por los aires. Pocos días atrás lo había bañado, no lo secó bien y el gato enfermó. Le suplicó al veterinario que lo salvara, no obstante, había llegado tarde a él, Lázaro, había muerto en sus brazos.

Afuera del edificio y dentro de un coche, un niño de meses lloraba, pero su madre, indiferente a su llanto, se entretenía manipulando

el celular. Laura llevaba a Lázaro a pasear con ella, cuando en eso, escabulléndose de sus brazos, el gato se introdujo dentro del coche para calmar al bebé, cuidarlo y ronronearle. El niño se calmó de inmediato, acogió en sus bracitos a Lázaro y se hicieron amigos.

La lluvia era intensa, catastrófica. Los paraguas bailaban a través del viento y se iban quien sabe dónde. Los gatos se acercaban a ella intuyendo quizás, que los podía salvar. No debía entrar a aquel murallón acuoso. Oía al director gritarle con furia: –“¡Agárrate de donde puedas y no dejes que los gatos te arrastren al otro lado de la muralla!”. El maullido desesperado de los felinos, los arañazos que recibía mientras trataba de zafarse de ellos. Sus lágrimas se mezclaban con briznas de agua que salpicaban sobre el paraguas que sostenía en sus manos. Gritos intervenidos. Llantos. Maullidos de otros lugares. Detrás de la cortina acuosa y densa de agua podía ver el reflejo de los espectros sangrantes deslizándose por todos lados. Oía maullidos desgarrados. Veía correr de un lugar a otro, a través del reflejo gigante y fluido y sobre un amplio espacio anegado por el agua. Quiso traspasar aquella muralla acuosa, líquida y densa. Los espectros sanguinolentos enrojecían la vidriosa cortina. La ficción representada se transformaba en una cruel y salvaje realidad ante sus ojos”...

Inusitadamente el gatito bajó del árbol y saltó a sus brazos ronroneando en su cuello cariñosamente, como solía hacer Lázaro. –Entonces gatito, hay que cambiar de planes...

Relato. 06

APOCALIPSIS

Abelardo Ahumada Varas

En un lapso de treinta años se produjo el desastre ecológico del planeta, al dos mil veinticinco dejaron de existir los polos, el norte se convirtió solo en el mar Ártico, y el continente antártico en un roquerío que apenas guardaba alguna frialdad por sobre los cero grados en lo alto de sus cordilleras, el resto solo era tierra y piedra tibia. Los océanos habían elevado su nivel en tres metros y las marejadas continuas conducían las aguas hasta quince metros de altura tierra adentro. Las caletas y ciudades de la costa, así como los países bajos y algunas islas desaparecieron afectando todo el planeta. El clima cambió porque nunca hubo una búsqueda de solución para el calentamiento global, las ciudades industriales de los centros de los continentes siguieron con la quema de combustibles fósiles y vinieron a detenerse cuando el cambio climático paralizó la producción industrial y de alimentos con prolongados y sucesivos huracanes que sobrepasaban la medida mayor que era el grado número cinco. El sol que alumbraba y daba calor se escondió detrás de una gruesa nube de negro hollín que llegó hasta la estratósfera dejando un planeta con un calentamiento global pero como antítesis con un frío de demonios en una seca superficie terrestre.

En Chile, largo y angosto país que por estar en el borde occidental sur del continente parece que se va a caer al mar, las cosas se complicaron porque hasta este último rincón del mundo por el océano Pacífico llegaron los huracanes destruyendo viviendas y producción agrícola e industrial. El país no estaba preparado para esta serie de eventos desafortunados. Y si bien resistió en los primeros años, al final la mayoría de sus habitantes pereció por enfermedades no atendidas, por desnutrición y por los efectos de dos terremotos que medidos en la escala Richter, la aguja que marcaba la magnitud saltó fuera del grado diez que era considerado el máximo, lo que produjo tres efectos devastadores para el país: cayeron todas las edificaciones de altura; el reactor atómico de Lo Aguirre explotó porque todo ese edificio colapsó, inundando de radiación veinte kilómetros a la redonda, por los vientos del oeste contaminó la capital convirtiéndola en una ciudad inhabitable por varios siglos; y los maremotos invadieron con agua salada todo terreno del país que estuviera a menos de doscientos metros sobre el nivel del mar.

COMUNIDAD DE LA FLORIDA

Doscientos metros por sobre el nivel de la antigua comuna de la Florida, treinta años atrás un poblado sector de la capital, un hombre salió con dificultad a la superficie sobre el costado rocoso, seco y polvoriento de una ancha y profunda quebrada. La edad le pesaba, 75 años, tanto como para ponerlo un poco torpe. Lo hizo a través de una especie de pequeño iglú de no más de un metro y medio de altura con igual ancho que tenía una abertura de cuero crudo y estaba construido con piedras y barro seco que parecía cemento. A varios metros de distancia alrededor del Iglú surgían de la tierra tubos que alcanzaban tres metros de altura y que hacían la función de respiraderos. Más allá aun y formando un largo muro de quinientos metros de largo por cincuenta metros de ancho estaban los paneles solares, de ellos les llegaba la luz y el calor a esas doscientas personas que vivían en las cavernas debajo de la piedra. Por suerte para ellas, tenían una franja de tierra en la que habían cavado pozos profundos, pozos sépticos, y que servía también para cultivar algunas plantas comestibles en tierra y otras hidropónicas.

Contempló su entorno, aún con gafas cerradas y la boca tapada por un grueso paño sin poder evitarlo entrecerró los ojos al sentir los granos de polvo azotar el vidrio movidos por un fuerte viento que nublabla la visión más allá de diez metros. Miró hacia lo alto para ver una vez más la sombra de un disco rojizo anaranjado que apenas daba luz y no entibiaba. Era el amado sol de la vida que no podía cumplir su tarea por culpa de los hombres, sin embargo, mientras diera luz podían convertirla en electricidad. Para el hombre su trabajo consistía en esperar que el viento amainara y que el polvo se asentara para visualizar más allá. Dependiendo de lo que contemplara en el horizonte podría calcular el tiempo de llegada de la siguiente tormenta de polvo, de suceder se abriría un espacio más transparente que le permitiría calcular el tiempo en que un grupo de jóvenes podría salir, correr hacia la ciudad con pequeños carros con rueda de neumáticos, llenar lo que pudieran encontrar de alimentos, sobre todo semillas u otras cosas de utilidad. Necesitaban con urgencia tubos ojalá de diez o veinte o más centímetros de diámetro, era urgente encontrarlos para generar más respiraderos porque abajo el aire a veces condensaba tanto anhídrido carbónico que ya estaban corriendo riesgos de envenenamiento. También necesitaban medicamentos y ropas, y sobre todo más plantas de esas que no necesitan la luz solar para crecer y que tanto servían para producir oxígeno. Por suerte el agua no les faltaba porque aún surgían de las rocas pequeñas vertientes que llegaban a un estanque de roca sólida construido por ellos mismos.

Aunque también había salido para pensar la misión encomendada: decidir acerca de dos vidas que rebasaban las posibilidades de aquel lugar. Lo habían acordado todos los hombres y mujeres quienes le dieron el poder de resolver que cuando se sobrepasara la capacidad de albergar personas había que privilegiar a los recién nacido sanos y que los mayores y enfermos se sacrificaran. A menos que hicieran un aporte que fuera fundamental para la comunidad y que los otros no dominaran.

Dos vidas tenían que salir de esa comunidad porque habían nacido dos criaturas a las cuales debían privilegiar. El problema estaba en que todas las mujeres en edad fértil se embarazaban y no había ya manera de impedir que el único gesto gratuito de diálogo auténticamente humano se consumara. Había pensado en sí mismo y lo había propuesto, pero lo rechazaron diciendo que él todavía les era útil. Pero había una pareja de ancianos a los que había propuesto un suicidio asistido, como lo habían hecho otras veces. La mujer tenía setenta años y estaba muy enferma, sin embargo su esposo era una especie de genio, era él quién se preocupaba de la mantención de la infraestructura y de arreglar lo que era imposible para todos los otros. —¡Cómo lo voy a dejar sin su compañera! — Pensaba en su propia viudez y en el dolor que aún vivía. El mismo esposo le había propuesto enseñar a tres jóvenes todo lo que sabía y después acudir a la muerte junto a su mujer. Era lo que tenía que decidir, elegir a quiénes traspasar los conocimientos, poner fecha de inicio y término porque la falta de espacio también urgía.

COMUNIDAD DE LAS CONDES

A trescientos metros sobre el nivel de la antigua comuna de Las Condes, un hombre y una mujer también oteaban el horizonte hacia el poniente. Sentados al lado de otro iglú, con las mismas condiciones exteriores de su vecino, parecían un poco más jóvenes, tal vez cincuenta años, conversaban del destino de su comunidad. Ellos tenían cavernas más grandes ocultas durante centenares de años, las habían descubierto al seguir las huellas de una mina abandonada que tenía muchos pasajes, todo era roca pura y con una laguna de agua fresca que manaba de una roca. Y como habían tenido recursos obtenían energía eólica con diez largos tubos con aspas que les producía electricidad, por tanto, luz y calor. Se sabían en mejores condiciones que los otros. Aunque rara vez llegaban a parlamentar, la verdad era que cada grupo se rascaba con sus propias uñas y los intercambios eran muy pocos porque la desfavorecida comunidad de La Florida no tenía mucho que ofrecer, aunque había compartido conocimientos acerca de las horas de despeje del polvo o

las horas en que las tormentas arreciaban a la misma hora todos los responsables de las comunidades que se habían establecido a los pies de la cordillera.

Pero habían constatado que ya no quedaban alimentos comestibles en los sectores que recorrían y no se atrevían a bajar más allá por la contaminación y lo que ellos producían era poco, además había cuatro postes cuyas aspas no funcionaban. No tenían cómo escalar ni menos herramientas para arreglar las fallas mecánicas. Lo que ellos producían a través de cultivos hidropónicos no era suficiente, estaban teniendo problemas de sobrepoblación y la decisión que debían tomar era urgente. El hombre, que parecía mayor y más alto dijo con voz dura: –Creo que no hay otra solución, debemos eliminarlos, o ellos o nosotros.

La mujer exclamó: –¡Pero son muchos! Doscientas muertes sobre nuestras conciencias.

Recibió como respuesta: ¿Y qué solución le damos a los quinientos integrantes de nuestra comunidad entonces? –Y continuó fundamentando su afirmación primera: –Si no hacemos algo, caeremos en el canibalismo con los nuestros. ¡Ese es el destino que nos espera!

La mujer pareció aceptar el argumento porque dijo: –Eliminar la comunidad de La Florida significará que durante la noche tapemos su entrada y por los conductos de aire lancemos gases adormecedores, son casi invisibles, de seguro no se darán cuenta, para luego entrar un grupo de nosotros y eliminarlos, una sola estocada en el corazón y ya. Sera una muerte tranquila porque estarán dormidos. Obtendremos mayor capacidad porque todo el espacio nos servirá para cultivar alimentos y quizás talleres para fabricar tantos utensilios que nos faltan. Y agregó ya disponiendo de la futura propiedad un espacio deberá estar destinado a yerbas medicinales, es urgente que tengamos esos recursos.

–Manos a la obra entonces. Si seguimos dándole vueltas nos arrepentiremos.

–Seleccionemos cincuenta hombres que realicen el trabajo. Deben ser los más fuertes y que no se conmuevan ante nada.

COMUNIDAD DE LA FLORIDA

Cuando el anciano bajó ya tenía tomada su decisión respecto de quiénes serían enseñados. Por lo demás la tormenta de polvo arreció y aun cuando esperó estoicamente varias horas nunca se despejó el horizonte.

Se fue a dormir a su espacio no sin antes ver que todos ya dormían en paz. Paz de la que nunca más salieron.

COMUNIDAD DE LA DEHESA

Ellos se habían organizado en triunviratos femeninos que duraban cuatro años. Estaban ubicados en las cavernas profundas, amplias y altas cavernas excavadas en la roca dentro de las cuales habían construido varios búnkeres a trescientos metros sobre el nivel de la antigua Dehesa. Se había rodeado de todo tipo de comodidades y almacenado alimentos pensando en una emergencia de cinco años, calculando alimentos para doscientas parejas y cien posibles nuevos habitantes. Solo la mitad de las parejas tendrían derecho a engendrar o a prohibir engendrar. Invirtieron sus bienes en un proyecto, algo en que se les iba la vida, y los acontecimientos les dieron la razón.

Ahora, a la salida de la cueva, cuya puerta de acero estaba entrecerrada, tres mujeres protegidas por gorros con orejeras, lentes cerrados y grueso género que tapaba sus bocas oteaban el horizonte al que faltaba poco para caer en el crepúsculo, pero también tomaban decisiones acerca de su futuro. Les había sucedido que sin poder explicárselo, los hombres habían comenzado a morir, no sabían qué les estaba ocurriendo, pero en aquel momento solo quedaban cuarenta varones en edad de procrear y entre ellas y la segunda generación que solo eran mujeres contaban ciento cincuenta personas que no querían vivir en la abstinencia ni morir sin procrear. Pero les había ocurrido que un extraño virus, cual ángel exterminador estaba eliminando a niños, jóvenes, adultos y ancianos.

El diálogo que mantenían era su momento de la verdad, no querían volver a las antiguas normas de dependencia de los varones, se habían dado cuenta que podían valerse por sí mismas, solo necesitaban parejas que las fecundaran y que trabajaran para ellas. Querían mantener la monogamia al tiempo que el dominio de la comunidad.

Como parte de la estrategia habían enviado un par de emisarias con la excusa de intercambiar semillas con la comunidad de Las Condes, de adrede una fingió cojear y fueron invitadas a quedarse por esa noche, allí retuvieron toda la información posible de la estructura del lugar, las fuentes de agua y los recursos que aquellos disponían. Contaron cien niños, doscientas quince mujeres y mentalmente seleccionaron ciento cincuenta varones adolescentes y jóvenes a los cuales someter. Habían preguntado a sus huéspedes si sabían cómo estaba o sobrevivía la comunidad de La Florida, pero extrañamente los otros dijeron que no sabían de ella. Pero esos estaban más lejos, ya llegaría el tiempo de encargarse de ellos.

Ahora planificaban el ataque, disponían de armas de fuego y de un grupo de choque al que denominaban Amazonas. Eran setenta mujeres probadas en la lucha y en el manejo de las armas, no querían vecinos que compitieran con ellas por alimentos ni por el dominio del territorio, ellas se preparaban para colonizar. Sería una nueva forma de existir como humanidad a este lado del mundo.

Mientras adentro, en una de las grandes salas del búnker las noventa amazonas preparaban sus armas y municiones, cuchillos y granadas. Una mujer con aires de sacerdotisa las alentaba a que no tuvieran piedad ni de mujeres, niños ni ancianos. Solo setenta de ellas asaltarían y matarían, las otras veinte se encargarían de capturar y maniatar a todos los varones, de entre los cuales seleccionarían a los más aptos para sus objetivos.

Afuera estaban las integrantes del triunvirato oteando de nuevo el horizonte, esperando que se despejara el polvo y calcular cuando despejara un poco si les daría tiempo a las amazonas de llegar hasta la comunidad de La Florida. Sonrientes y optimistas veían un nuevo futuro gozoso para este proyecto de nueva forma de humanidad. En ese entonces ellas y las de adentro y los y las integrantes de la comunidad de La Florida sintieron ruidos subterráneos y que en principio un leve movimiento de las montañas que, sin embargo, persistió y continuó cada vez más fuerte hasta sentir que la tierra se partía y que todos ellos quedaban sepultados por toneladas de roca que crujía convirtiéndose en polvo y haciéndolos polvo a ellos mismos.

Cuando el largo terremoto terminó y por coincidencia el polvo tuvo más tiempo para asentarse sin que corriera viento, quien hubiese conocido y ahora podido contemplar el paisaje, se habría sorprendido porque en la huella que se señalaba como la antigua falla geológica de San Ramón ahora se levantaba una nuevo y altísima corrida de cerros aún humeantes del calor emergidos de quizás qué kilómetros de profundidad, y el valle de la ciudad de Santiago era un humeante caldero donde gorgoteaba una roja lava que más bien parecía danzar contenta de tener un lugar más amplio para aquel volcán dormido que había despertado.

EL CUADRO

Gloria Cordero Valle

Mónica dejó esperando a la enfermera en el living mientras iba a atender a su madre que se encontraba tomando el sol en el patio, que ocupaba tanto espacio como la casa. La vio alejarse por un oscuro pasillo, dos perros ladraban furiosos, era la hora de la comida. La anciana en tanto gritaba desesperada. Era la rutina de todos los días, desde que sufrió un accidente vascular, hacía ya tres años atrás. La enfermera se levantó del cómodo sillón de cuero, miró de soslayo las imágenes que transmitía un programa de farándula, la figura de una mujer muy conocida estaba siendo objeto de críticas, en ese lugar había mucha distracción, un cachorro de pelaje completamente negro la observaba a través del ventanal. Se preguntaba como esa mujer podía mantener esa casa tan grande tan ordenada, limpia y adornada con un gusto tan exquisito y además cuidar de su madre. Finalmente fijó su mirada en un cuadro trabajado en lana, se podía observar un trabajo efectuado con mucho cuidado y esmero.

Hace unos cincuenta años, unas bellas y delicadas manos fueron construyendo puntada tras puntada, una solitaria casita de campo, entre realidades y sueños, reflejando una larga historia de soledad. En cada puntada que dio, crea un paisaje de paz y armonía, en algún lugar alejado del mundo, donde su mente podía transformar las paredes de su habitación en un hermoso paisaje, donde se podía refugiar de los punzantes recuerdos de una triste niñez y una frustrante vida conyugal, rodeada de incompreensión e insensibilidad.

Cada puntada que daba la iba acercando a la realización de su sueño. Se veía rodeada de flores y árboles, y una alfombra de pasto verde, donde solía recostarse con su cuerpo desnudo, mirando el cielo, para recibir los rayos del sol, en aquel momento en que dejaba su novela de aquellos amores que nunca vivió.

Era una mujer hermosa, de bella figura y rostro alegre y angelical, sus manos eran pequeñas, al igual que sus pies, su piel aún es delicada y suave, aunque ya han pasado muchos años.

Mientras seguía recostada disfrutando las caricias ardientes del sol, le daba vida en su mente, a esas historias de amor, que nacieron por la necesidad de una candente imaginación. Se quedó dormida con la dulce

y relajante melodía del arroyo, que viajaba indomable por su cauce, sin desviarse jamás de su destino ya trazado, y ella hizo el amor con su bello príncipe encantado, siempre fiel enamorado, que nunca se fue de su lado.

Mientras las puntadas dibujaban la luna y el cielo estrellado. Se incorporó y se fue a refugiar a su casita de campo, se arropó y siguió soñando en los brazos de su amado.

Un amor que veía desde lejos una joven enfermera.